

DOLER ES UN LOGRO COLECTIVO

Terapia narrativa de la dignidad para responder al
«trauma»

Ítalo Latorre-Gentoso

DOLER ES UN LOGRO COLECTIVO

Terapia narrativa de la dignidad para responder al «trauma»

Ítalo Latorre-Gentoso

© Ítalo Latorre-Gentoso, 2026

© Pranas Chile Ediciones, 2026

Todos los derechos reservados.

los hombres con los que trabajo. A veces estoy fracasando permanentemente. Trabajamos desde la imperfección y el fracaso. Nos paramos en el fracaso a trabajar. Asumiendo ese fracaso puedo abrazar la esperanza de poder tener arte y parte o agencia política en lo que voy decidiendo hacer en el trabajo. De otra forma no podría. Si me represento a mí como una persona que está por fuera del patriarcado, entonces voy a estar condenando a quienes ejercen abuso como hombres que están dentro del patriarcado y que son enfermos y que son psicópatas y que son narcisos y que no hay nada que hacer con ellos.

Alan Jenkins (2009) dice que no podemos pedirle a los hombres que se interesen por otras personas si ellos no ven que nosotros nos interesamos genuinamente por ellos. Eso no significa justificar sus acciones. Significa que el interés genuino por la vida de la persona, por cómo llegó a ser quien está siendo, es la condición de posibilidad para que después podamos invitarlo a mirar los efectos de lo que ha hecho en otras personas.

27. La historia de Juan

Yo estaba trabajando con Juan por otros motivos, hacía poco tiempo. Un día llega muy agitado a la consulta. Entra, pone la silla muy cerca mío, casi no me saluda y me empieza a hablar: «tuve una discusión con mi pareja muy fuerte y te quiero contar. Estábamos discutiendo con mucha fuerza y todo empezó a escalar, se puso cada vez todo más feo, fue escalando, fue escalando. De repente yo estaba muy indignado, con mucha impotencia, muy enojado. Ella simplemente no quería entender, no quería entender, no quería entender».

En ese momento yo estoy escuchando, no sé bien lo que me está contando, no sé hacia dónde va a llegar, no sé hasta dónde va a ir este tema, dónde va a concluir la historia. Yo un poco angustiado en realidad. O sea, también como terapeuta con cara de que está todo bien y que yo voy a ayudar a Juan en lo que sea, pero en realidad estaba diciendo «¿por qué estoy aquí? ¿Por qué estoy

aquí escuchando esto y no estoy en mi casa viendo una serie de Netflix en este momento?». Después me acordé que ese era mi trabajo y que me gusta hacerlo y dije «me voy a poner a escuchar con toda la solidaridad para ver qué puedo hacer».

Juan continúa: «ella no quería entender y esto estaba subiendo cada vez más el tono. Entonces yo me desesperé, me desesperé y agarré el teléfono, teléfono fijo, esto fue hace varios años, lo saco, rompo el cable y se lo lanzo con toda mi fuerza».

Yo me asusto, me asusto, me digo «algo tengo que hacer acá, no puedo no responder». Todo esto fue en unos pocos segundos, ahora puedo especular que lo que debo haber pensado, debe haber sido algo como: «¿por qué se hizo esto? Esto está mal. ¿Qué le pasó? ¿Por qué escaló de esta manera?». Entonces, sin pararme en algún mapa deliberado, simplemente le pregunto: «¿Y qué pasó con eso?», en mis ganas de saber más los efectos de esto que había pasado.

Juan me dice: «nada. El teléfono llegó a la pared, se rompió, ella se puso a llorar. Fue un desastre. Quedó todo ahí. Ella lloró mucho más. Yo agarré mis cosas, me fui. Desde ahí que no hemos hablado».

Un poco impactado todavía, le pregunto: «¿Llegó a la pared?», para poder hacerme la imagen de lo que había pasado, la escena.

«Sí, se rompió y ella se quedó llorando».

Las imágenes que surgen al escuchar esta historia son ficciones políticas, son lo que llamaba Michael White «archiveros» que tenemos en la mente para clasificar personas. Hombre violento, maltratador, peligroso, enfermo mental, energúmeno, Red Flag, psicópata, narciso. En base a ciertas acciones podemos clasificar a las personas en ciertas categorías identitarias muy amplias, que van reclutando nuestra imaginación y nos permiten actuar, nos permiten responder, nos permiten determinar qué hacemos y qué no hacemos.

Muchas de estas formas de entender pueden ser muy necesarias y muy útiles en ciertos contextos. Si una amiga me dice «oye, conocí a Juan», yo le diría «cuídate, violento, peligroso», porque no tengo ninguna garantía de que Juan

la va a tratar bien y la va a cuidar y la va a honrar y la va a respetar. Pero siendo terapeuta, yo no puedo decir «sal de ahí, no te metas con él, es un energúmeno, un enfermo mental, es un machito» porque tengo otra posición y necesito trabajar con él.

Si me paro en ese territorio con Juan, pensando que es un monstruo o encontrando explicaciones en patologizarlo, lo más posible es que yo me involucre en acciones que dejen más disponible para Juan esa conclusión de identidad. La frustración de ese hombre se va a ver reflejada, la van a vivir sus hijos o su pareja, no yo. Que a mí no me importe no hace que estén más seguros.

«¿Querías que llegara a su cuerpo?»

No sé por qué se me ocurrió esta pregunta. Mentiría si dijera que fue porque tuve clases con Rob Hall. Le pregunté esto porque se me ocurrió en ese momento y nada más. Ahora agradezco al Ítalo de esos años que se le ocurrió esta pregunta.

Le pregunto: «¿Y tú querías que llegara a su cuerpo, a su rostro? ¿Cómo que tuviste mala puntería?»

Me dijo: «no, yo lo desvié, el teléfono».

«Tú desviaste el teléfono», le digo yo. «Ok, fue intencional entonces».

«Sí, fue intencional. O sea, ahora que te lo explico y te lo cuento, sí fue intencional. En ese momento tenía ganas de tirarle el teléfono en la cara, pero también sabía que no quería. Iba a ser mucho».

«¿Qué te hizo desviarlo? ¿Qué te hizo desviar el teléfono?»

Tirar el teléfono, aunque caiga en la pared, no es algo que esté valorando. Creo que lanzar el teléfono y que caiga la pared al lado de ella es terrible. Sé que fue terrible para ella porque después tuve oportunidad de escuchar su relato, pero esa es otra historia.

Pero que lo haya desviado no calza con sus ganas de tirárselo en el rostro. Entonces yo me figuro que desviar el teléfono podría ser que calce con otra historia, una historia de que no quiere hacerle daño. Ingenuo no soy. Entonces también sé que puede ser «es que no me quiero meter en problemas, si lo hubiera llevado a la cara me llevan preso y no quiero irme preso, pero ganas no

me faltaron». Sé que puede ser esa la respuesta. En la historia de Juan no ocurrió eso.

Me dijo: «no quería hacerle daño. Realmente no sé», me dice él confundido y alterado. «En el minuto no lo pensé. Algo movió mi mano nomás y la desvió».

«¿Como si te hubieran empujado la mano?», le dije yo. «Como si otra mano hubiese empujado tu mano. ¿Tienes alguna idea de qué movió tu mano?»

«No sé. Fueron las entrañas», me dijo.

Las entrañas y las manos del abuelo

Él me había hablado antes de sus entrañas. Yo nunca había escuchado, o sea, lo había oído, pero no lo había escuchado, nunca lo había tomado en serio, y esta vez me habló de las entrañas. Dije: Juan me ha hablado de las entrañas ya como tercera vez que me habla de las entrañas, y ahora las entrañas le movieron la mano e hicieron que en lugar de tirarle el teléfono en el rostro, lo desviara.

Le pregunto: «Las entrañas, no es primera vez que me hablas de las entrañas. ¿Te puedo preguntar acerca de tus entrañas? ¿Podemos parar un poco esto que me cuentas y podemos hacer una pausa para yo preguntarte sobre las entrañas? Me parece súper importante esto, entonces me da curiosidad porque si tus entrañas no estuvieran cerca tuyo, le habrías tirado el teléfono probablemente en el rostro. Entonces tus entrañas me parecen importante. ¿A ti te parece que hablemos un poco de esto?»

Le hago preguntas del tipo: «¿Qué relación tienes con tus entrañas? ¿Cuál es la historia de tu relación con tus entrañas? ¿Qué sueños y valores están vinculados a tus entrañas que hacen que muevas la mano? ¿Qué saben las entrañas de lo que es importante para ti?»

Después me acordé que le había dicho esto de «es como una mano que te empujó». Entonces le pregunté: «Si las entrañas fueran una mano amorosa, como esto que me estás hablando, ¿serían las manos de alguien que conoces?»

Entonces él se pone a llorar y me dice: «las de mi abuelo».

Yo nunca me había, nunca me había hablado de su abuelo y yo no tenía idea de su abuelo. Me cuenta la historia de su abuelo. Su abuelo murió cuando él tenía tres años y es el hombre más importante en su vida. Él me dice: «yo me acuerdo cuando él me sostenía en sus brazos. No sé si es verdad, no sé si me puedo acordar de eso, pero yo me acuerdo. Me hacía sentirme seguro con él. Seguro, no como con mi papá».

La tortura del padre

Entonces me empieza a contar historias que en el tiempo nombra como tortura, que antes nombraba como «mi papá era estricto», y ahora nombra como tortura. Torturas del tipo: cuando se sacaban una mala nota él y su hermano, su papá los castigaba a correazos con correa, los ponía en la pared con las piernas en 90 grados y si uno de los dos se cansaba y estiraba un poquito las piernas para descansar después de 15, media hora, les pegaba correazos y los comparaba y le decía «tienes que poder, no seas un maricón, tu hermano está aguantando».

Después me contó cómo él abusaba también de su hermano y que a veces el otro hermano mayor abusaba de él, pero que también se cuidaban y se protegían. Me contó varias historias.

Yo empiezo a aprender que con el abuelo él aprendió la seguridad que no tuvo con su papá, que además era un médico comunitario muy respetado en su comunidad, muy buena persona. Su mamá tenía un comedor solidario. Eran de clase social alta, pero los conocían en su barrio, en su territorio, como gente muy bonita.

Él tenía esta contradicción horrible de ver a sus papás súper activistas sociales que le enseñaron a sentarse en la misma mesa que todos los niños que vivían en la calle y a comer lo mismo con ellos, porque él no valía más que

ellos, era igual. Eso lo valora y es algo importante que le enseñaron sus papás y que todavía él abraza esos valores.

Pero me empieza a contar todas estas historias, esto es mucho más complejo de lo que lo estoy contando, de toda la confusión y las historias que después él me empieza a contar del sentido que empieza a hacer de los conflictos familiares, del miedo, de su forma de ser.

Reconectarse con la historia del cuidado

Yo estaba más curioso del abuelo. Estaba más curioso de cómo en lugar de pegarle el correazo desvió su mano. Se entiende la analogía: en vez de tirarle el teléfono en la cara, el abuelo le desvió la mano como antes el abuelo habría desviado el correazo del padre.

Entonces él me empieza a contar historias del abuelo: que el abuelo era el fundador de una escuela en la comunidad y que todos hablaban muy bien del abuelo y que también los papás hablaban muy bien del abuelo y que el abuelo se llamaba Juan igual que él. Y que él no conocía ninguna historia en la que el abuelo haya sido violento con nadie y que sentía seguridad con sus manos.

Esta historia es larguísima. Después Juan viajó a un país muy lejano porque había un nexo familiar con ese lugar. Quería conocer la historia de su abuelo y su bisabuelo para reconectarse con esa historia que es la historia del cuidado.

Habiendo enriquecido la historia del abuelo, que tenía que ver con el cuidado, con la ternura, con el consentimiento y con ser una persona que no da miedo a otras personas, entre muchas otras cosas, Juan viajó a hablar con su papá y con su mamá. Les dijo «esto que ustedes hicieron fue abuso» por primera vez en su vida, a los 40 años, y tuvo unas conversaciones impresionantemente bellas porque la respuesta de sus papás fue muy sorprendente para él y también para mí.

No tengo registro de los detalles de esas conversaciones, pero en mi memoria quedó que la respuesta de sus papás honró esta denuncia. Juan temía que lo negaran, que lo atacaran, que se enojaran y silenciaban lo que estaba nombrando. En cambio, se sentaron tranquilos a hablar, lo escucharon, lo

contuvieron. Recuerdo cómo me lo contó. Me quedaron imágenes de que ese fue un momento más parecido a un rito de paso que a una sesión de terapia. O quizá la terapia es eso, un rito de paso.

El movimiento

Llega un punto en que Juan está parado en un lugar ético en el que empieza a cambiar, a cuestionarse. Me dice: «no le estoy gritando a mis subordinados en el trabajo, estoy buscando otro tipo de liderazgo. Cuido porque no quiero ser el que grita. Mi mentor me gritaba y yo valoraba eso. Ahora no lo valoro. Creo que podría haber aprendido sin grito».

Así fue tomando responsabilidad y moviéndose de lugar. Juan tuvo otras parejas también después. Esto del teléfono no fue un evento único. Él gritaba, manipulaba, se burlaba, sostenía control de distintos tipos.

Estaban siempre las voces patriarcales diciéndole «el ex la tenía más grande, con el ex folló la primera semana y contigo al mes, sácaselo en cara, pregúntale por qué, demuestra que tú eres más hombre que su ex». Todo esto lo hablamos. Externalizamos estas voces. Me decía «esto es muy parecido a lo que decía mi papá: no seas maricón como tu hermano».

A eso le pusimos «la comparación humillante» o «la humillación», «la comparación descalificadora», no era cualquier tipo de comparación, era una comparación en la que él siempre salía perdiendo y que lo facultaba como hombre para ejercer control y poder violentar, celar y otras cosas a sus parejas.

Mirar a Marcela

Alguna vez yo le pregunté «Juan, ¿cómo se habrá sentido Marcela con esto?», cuando Juan todavía no tenía mucho donde pararse. Juan me habló de él: «soy mala persona, soy mala pareja, entonces así me va a quedar solo, nunca voy a tener una pareja que realmente me quiera, que yo realmente respeto». Hablábamos de eso, enriquecía relatos ahí.

Llega un punto, tengo el video de esta conversación que es una conversación muy simple, en que yo le pregunto: «¿Podemos volver a la escena del

teléfono? Juan, con lo que me estás contando, me gustaría volver a la escena del teléfono».

Me dice: «sí, claro, volvamos a esa escena».

«¿Qué habrá sentido, vivido Marcela cuando le tiraste el teléfono?»

Por primera vez Juan me dice, se hace una pausa, y me dice: «miedo».

Yo emocionado porque por primera vez no me habla de él y nombra la experiencia de Marcela. Después me empieza a hablar de otras cosas. Me dice «miedo», me dice «habilidad igual que la mía para minimizar esto. Al otro día hablamos como si nada había pasado y yo sabía que ella había vivido abuso por parte de su papá también y que había desarrollado las mismas habilidades que yo para hacerse el loco con esto. Quizás sintió», me dijo, «¿qué viene ahora? Si me tira el teléfono y me hace esto, ¿qué viene ahora? ¿Me va a pegar? Incertidumbre, incerteza, miedo, amenaza».

Entonces Juan pudo mirarla. Juan ya se había conectado con remordimiento y con vergüenza ética. No es que me haya dicho «ay, no lo había visto así, qué remordimiento tengo», pero con las conversaciones que fuimos teniendo, Juan fue tomando una conciencia muy grande de que no tenía que ser así, de que esto estaba mal y de que no quería seguir actuando desde ese lugar.

La carta que no se envía

Pasó el tiempo en nuestras conversaciones, hay muchas cosas que no estoy contando, esta historia estoy seleccionándola por un motivo muy particular, y Juan me dice: «sabes qué, Flaite², ya estoy en otro lugar. Me siento un tipo que confío en mí mismo, que no tengo miedo de que yo voy a hacer algo descontrolado que después me voy a arrepentir. Y eso es muy potente para mí, que sé que yo puedo tener control sobre mí para no cagarla».

Me contó muchas historias que daban cuenta de esto y me dice: «me gustaría escribirle una carta a Marcela porque encuentro injusto que Marcela se

quede con la imagen de que yo soy un monstruo y encuentro injusto conmigo, pero también con ella. Era confuso esto».

A mí se me prendieron las alarmas y dije «ay, pero Marcela no sé si quiere recibir una carta de Juan». De hecho, lo último que supe es que Marcela le pidió a Juan no saber nada más de él nunca. Eso era rendir cuentas. Juan le quiere escribir una carta pensando en él y pensando en ella para que ella sepa que su dolor no fue en vano también, me decía él, y que sepa que yo soy una persona distinta también gracias a todo esto.

Para mí fue fácil acá y le dije: «Juan, tú me dices que estás en un lugar en el que estás pudiendo mirar los efectos de tus acciones, no me cabe duda. O sea, sé que te estoy conociendo mucho y conozco historias y te he acompañado. ¿Te acuerdas qué dijo Marcela cuando terminaron? ¿Qué dijo Marcela cuando no te quería ver nunca más?»

«Sí, lo tengo claro», me dijo.

«Bueno, mandar la carta, o sea, escribir la carta, pero mandarla, ¿lo haría el Juan antiguo o este Juan? Mandar la carta, ¿honraría la voz de Marcela en lo que te pidió o la deshonraría? Recibir una carta tuya, ¿sería algo que tenga que ver con el consentimiento o podemos garantizar? Porque capaz que, mira Juan, capaz que esta carta le sirva a ella o capaz que le haga bien. No tengo idea, pero ¿tenemos cómo garantizar eso? ¿Tenemos cómo garantizar que si le llega la carta ella la va a querer abrir y leer? ¿Ella no se va a sentir angustiada? ¿Ella no va a volver atrás en sus imaginaciones, en su imagen?»

Entonces Juan desistió de mandarle la carta. Me dijo: «el Juan de hoy no va a mandar la carta. Y ese es el Juan congruente, aunque se quede con las ganas de que Marcela sepa. Pero sí me gustaría escribir la carta, no mandarla».

Entonces escribimos una carta que yo no tengo, dicho sea de paso, la tuvo Juan o la tiene Juan. Eso es rendir cuentas. Eso es construir garantías de no repetición. Y también acompañar ese proceso, no dejarlo a lo aleatorio o al azar.

Marcela aparece en estas páginas solo refractada en el relato de Juan, porque esta es la historia de su rendición de cuentas, no la historia de ella, que no me corresponde contar.

El protocolo patriarcal del silenciamiento al servicio de la producción del abuso

Cuando un hombre llega a conversar conmigo y me empieza a contar lo que hizo, yo ya sé que muy posiblemente va a involucrarse en el protocolo patriarcal del silenciamiento. Es como llegar antes que los hombres a la conversación. Yo ya sé, como el enfermero en el centro traumatológico de urgencia, que este hombre muy probablemente va a negar, minimizar, justificar. No me va a frustrar, porque es parte del trabajo.

Es más, si estoy trabajando con su pareja o con otras personas que están viviendo los abusos, capaz que también se estén involucrando en el protocolo patriarcal del silenciamiento. Capaz que la mamá de la hija piense que la hija es muy exagerada y que no está cuidando a este hombre que es tan bueno, porque la hija siempre ha sido loca y buena pa fumar marihuana.

El protocolo no es algo que yo haya inventado, yo solo lo nombro así porque para mí es más fácil. Tiene que ver con prácticas de con-fabulación patriarco-colonial, prácticas de negación, prácticas de minimización y prácticas de justificación. «Nos tomamos algo y me fui a mi casa, nunca la invité a mi casa, no estuvimos juntos (con-fabulación). No la conozco. Yo no hice eso. Ella está loca (negación). Sí, le grité, pero no fue tanto, fue un poco, está exagerando (minimización). Es que lo hice porque, tú sabes cómo se ponen los hijos de insoportables, entonces obvio que ¿qué iba a hacer más que gritarle y tirarles el pelo?» (justificación). Con-fabulación. Negación. Minimización. Justificación. Y dentro de la justificación está la equivalencia también, jugar al empate como forma de invisibilizar la relación de poder. Esta cosa que en psicología se llama «violencia cruzada».

Estas prácticas dejan disponibles relatos de vergüenza y culpa para quienes están viviendo los abusos, no para quienes los ejercen. Podríamos entenderlas como parte de los logros del patriarcado en la producción de subjetividades, siempre que no perdamos de vista que el protocolo no inculca esas experiencias en una persona pasiva. Las personas, buscando hacer sentido de lo que viven, muchas veces lo hacen contra sí mismas. Michael White nombra un fenómeno muy cercano desde otra escala: «en circunstancias en que las propias respuestas de las personas al trauma que están atravesando, incluidas las propias acciones que toman para prevenirlo, modificarlo o resistir sus efectos, son descalificadas o vueltas irrelevantes, el resultado suele ser un sentido de desolación personal y un fuerte sentido de vergüenza. En algunas circunstancias esto puede desarrollarse en sentimientos de miseria y odio a sí mismo» (White, 2004b, p. 47; traducción propia). Son prácticas avergonzantes que pueden participar en el silenciamiento, que no es lo mismo que el silencio. El silenciamiento vuelve más difícil denunciar, decir, nombrar los abusos que se están viviendo porque la persona queda muy obstaculizada. Puede no tener la certeza de que lo que está viviendo fue abusivo y, si la tiene en algún punto, puede no tener la certeza de que va a ser escuchada desde un lugar donde le crean realmente o desde un lugar de legitimidad.

La confusión también es parte de este protocolo y tiene dos caras. Por una parte se intenta producir confusión: alguien hace una práctica abusiva y te hace creer que no fue abusiva, te confunde. Pero al mismo tiempo no quiere simplemente confundirte, quiere hacerte creer que no fue abusivo, que eso termine en que tú solamente te confundiste. La confusión habla de que no te pudo convencer del todo de que esto no fue abuso, habla de que hay una duda ahí. Los hombres o quienes ejercen abuso no quieren generar confusión, quieren generar certeza. La confusión es un fracaso parcial de esa práctica. Ahora, si no se responde a esa confusión por fuera del protocolo patriarcal del silenciamiento, entonces esa confusión puede ser un territorio de mucho sufrimiento porque se va a sostener.

El protocolo también opera alrededor de las personas que viven el abuso y puede reclutarlas contra sí mismas. La negación, la minimización, la justificación se ven todo el tiempo cuando trabajamos con personas que viven los efectos del abuso. Muchas veces son ellas las que se encuentran avergonzándose, «siento vergüenza de mí», culpándose, haciendo suyos o repitiendo esos relatos porque han estado insertas en un protocolo. No tienen que estar los policías apuntándote para normalizarte. Ya nos disciplinamos entre nosotros. Esa idea de Foucault del poder soberano y el poder moderno: ya no tiene que estar el policía porque entre nosotros nos disciplinamos.

Las personas que viven abuso pueden quedar participando de ese disciplinamiento a solas o en relaciones que deberían cuidar. La mamá, la amiga, además de solidarizar, además de apoyar, además de ser una red salvavidas en la gran mayoría de las ocasiones, inadvertidamente pueden reproducir muchas de estas tecnologías del protocolo. También puede ocurrir en relaciones donde uno pensaría que no se van a reproducir, con la psicóloga feminista, con la mamá, con la amiga, con el grupo, con el círculo de mujeres al que fui. A mí me ha tocado mucho escuchar relatos de mujeres devastadas porque en el círculo de mujeres, o porque una psicóloga de un centro feminista a la que habían visto en YouTube y que tenía libros publicados, las trató como estúpidas, las culpabilizó o les empezó a enseñar acerca del patriarcado como si fuera un magíster de género, no una terapia.

Entonces necesitamos generar prácticas que yo llamo del contraprotocolo, las contraprácticas al protocolo patriarcal del silenciamiento.